

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



LA MONTAÑA RUSA

Fernando Olavarría Gabler

9



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LA MONTAÑA RUSA

Fernando Olavarría Gabler

LA MONTAÑA RUSA

Cuánta tristeza. Tenebrosa depresión y angustia que invade el alma como un relámpago invisible, y lo destruye todo adentro. Sólo quedan cenizas que hay que reponer lentamente para sobrevivir.

¿Valdrá la pena?

Vagaba solitario por las calles de la gran ciudad, con su atmósfera contaminada y bulliciosa. El cielo opaco y rojizo. Ruidos estridentes.

En mi andar cabizbajo me agradaba pisar las hojas otoñales de los grandes árboles que tapizaban la vereda de la avenida cercana a mi hogar.

Soledad.

Iba pensando en lo mucho que amaría a mi esposa cuando la conociera. ¿Habría nacido ya? ¿Dónde estaría? ¿Por qué aún no la conocía, para que me acariciara y me consolara de mi pena? De mi desolación...

Llegué a una feria de entretenimientos y las luces que estaban en los diversos juegos giratorios, me alegraron algo y me hicieron suspirar.

Me acerqué a la boletería para pagar la entrada. En el interior de ésta había una mujer que no tenía piernas. Estaba sentada sobre un taburete.

-¿La atropelló un tren? Me atreví a preguntar.

-No- me respondió. Mi madre tomó Tailandia cuando me

estaba esperando.

-Lo siento-. Es usted muy buena moza para haberle sucedido este accidente.

-Así es la vida- dijo. Algunos tienen más suerte que otros. Usted se ha ganado un boleto gratis en la Montaña Rusa. Es un viaje en un carro especial. ¿Desea ir?

-¡Encantado!- contesté.

Entré a la feria y me dirigí de inmediato a la Montaña Rusa que se destacaba del resto de los juegos, con tanta importancia como la Rueda Giratoria.

El portero que estaba a cargo de la distribución de los pasajeros me hizo esperar.

-Usted tiene un carro especial. Éstos no son los indicados.

Después de algunos minutos de espera observé que, insertada entre los otros carros, venía una especie de gran bandeja alargada, con barandas bajas, y cuando se detuvo frente al portero éste me ordenó que pasara.

La bandeja o carro, no solamente era diferente en su forma sino que también eran peculiares los pasajeros que iban en ella. Me senté en el suelo con gente a mi alrededor que estaba extrañamente vestida. Pensé que se trataba de una comparsa de un teatro o una compañía de ballet que había contratado especialmente este carro para su noche libre de diversión y descanso, porque sus trajes eran

LA MONTAÑA RUSA

muy llamativos. Las mujeres usaban, como las damas medioevales, unos conos sobre sus cabezas de los cuales caían tules de diferentes colores. Sus vestidos de seda, terciopelo y otros géneros finos, eran muy hermosos, al igual que las vestimentas de los hombres que usaban medias y zapatos con hebillas metálicas.

Antes que se iniciara el suave deslizamiento del conjunto de carros, el portero de la Montaña nos ordenó que nos pusiéramos los cinturones magnéticos de seguridad; entonces vi repartidos en el suelo diversos cinturones negros que tenían un bloque metálico, como un pequeño ladrillo. Una vez que los pasajeros del carro-bandeja nos colocamos los cinturones, el portero levantó una pequeña caja que tenía en una de sus manos y presionó un botón en ella que hizo que los pequeños bloques metálicos quedaran fuertemente adheridos al piso de la bandeja y...

¡Salimos!

Quien haya tenido la experiencia de este tipo alocado de diversión llamado Montaña Rusa, recordará que iba sentado y con una correa de seguridad en la cintura, al igual que los vuelos en avión, pero aquí íbamos tendidos en el suelo, en una superficie plana, sin protección alguna en los bordes salvo una bajísima baranda que quizás servía para impedir que cayésemos al vacío cuando nos deslizábamos bruscamente de un lado a otro.

Felizmente constaté que los cinturones que llevábamos eran

efectivos, porque los ladrillos metálicos nos mantenían firmes en nuestro respectivo lugar, seguramente por un mecanismo electromagnético que había sido activado por la cajita que portaba el hombre de la portería.

Subimos y bajamos vertiginosamente mientras los pasajeros de los carros que iban delante y detrás del nuestro daban alaridos de miedo y de otro tipo de emociones. Yo no tuve ocasión de dar alarido alguno porque iba totalmente aterrorizado pero tuve la ocasión de fijarme que mis compañeros de viaje iban calmados, recostados en sus lugares y observando todo este caos con gran impavidez.

Llegó un momento en que ya no sabía si mi cabeza estaba en mis pies, mi estómago en la espalda y mis riñones encima de mi lengua, cuando al subir a gran velocidad por una empinada cuesta, antes de precipitarnos hacia una bajada de la montaña que terminaba en una voltereta mortal, la bandeja se desprendió de los carros y voló por los aires en una línea recta levemente ascendente.

Alcancé a ver cómo los carros de atrás y adelante se unían llenando el vacío que había dejado nuestra bandeja. Pronto la feria quedó atrás y a la distancia sólo alcancé a divisar la gran Rueda Giratoria y la Montaña Rusa.

Volábamos por encima del mar. El cielo sórdido de la gran ciudad se había transformado en un cielo transparente, brillante, cuajado de estrellas, a pesar de la luna llena que se asomaba por el

LA MONTAÑA RUSA

Este.

Nos desplazábamos silenciosamente por este paisaje maravilloso y la calma volvió a mi espíritu. Mis compañeros de viaje se habían soltado los cinturones y de pie observaban este fascinante panorama. Algunos indicaban con las manos en alto hacia el cielo y nombraban diferentes constelaciones y estrellas. Al parecer tenían elevados conocimientos de astrología.

Al cerciorarme de que el piso era muy estable y no percibía viento ni brisa alguna, me puse de pie también y contemplé junto a ellos toda esta magnífica escena.

Viajamos bastante tiempo así en una trayectoria quieta, apacible, hasta que llegamos a unas altas montañas en cuyas bases se divisaba un inmenso lago. Sus aguas inmóviles, transparentes y plateadas, alumbradas por la Luna, me daban una emoción placentera difícil de describir. Tal era la esplendidez de todo aquello. La bandeja descendió lentamente y volamos a muy poca altura sobre las calmadas aguas del lago. A pesar de que íbamos a una buena velocidad, no me sentía inseguro ni tampoco sentía frío. Llegamos a la orilla del lago y nos internamos en un desfiladero limitado por imponentes montañas cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve y sus bases invadidas por selva virgen.

Una altísima cascada parecía desprenderse de las profundidades del bosque y luego se precipitaba desde gran altura

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



LA MONTAÑA RUSA

hacia el lago.

Remontamos el desfiladero y avanzamos por entre rocosos precipicios cubiertos en parte por nubes. Hubo un momento en que las nubes nos cubrían totalmente sin yo poder ver quien estaba al lado, pero la bandeja seguía avanzando sin inmutarse como si su recorrido estuviese premeditado. De pronto el paisaje se aclaró de nubes y pude constatar que volábamos por empinadas cumbres cubiertas en su mayor parte por nieves eternas. En una gran superficie blanca, muy inclinada, nuestro misterioso carruaje se detuvo frente a una gruta iluminada, en su interior se veían magníficas estalactitas y estalagmitas que reflejaban diversos colores y le daban al ambiente interior una visión multicolor maravillosa; entonces mis extraños acompañantes se bajaron de la bandeja y caminaron con gran gracia hacia el interior de la caverna. Algunas damas se reclinaron en el suelo, entre las estalagmitas y conversaban con sus gallardos acompañantes.

Sin saber qué hacer, decidí bajar yo también y unirme a ellos, pero éstos, algo alarmados y sonrientes me insinuaron con enérgicas voces que subiera nuevamente a la bandeja. Al constatar este rechazo unánime pero amistoso, obedecí, y una vez sentado en el piso de la bandeja ésta empezó a deslizarse lentamente y salió volando con gran rapidez. Felizmente para mí no había olvidado de abrocharme uno de los cinturones.

Volé a gran velocidad hacia arriba, hacia arriba, siempre hacia arriba y la Luna desapareció de mi vista y el cielo se hizo cada vez más negro. Negro como el alquitrán, y las estrellas se hicieron cada vez más numerosas y brillantes pareciendo que todo el firmamento estaba encima de mí.

Sin poder contenerme me puse de pie y maravillado abrí los brazos en un éxtasis de asombro al contemplar toda esta grandiosidad creada por el Altísimo.

Mis ojos no se cansaban de contemplar tanta magnificencia y las lágrimas corrían por mis mejillas.

¡Qué grandioso es tu poder Dios mío, en parte manifestado en el firmamento que has creado y que yo estoy admirando en estos instantes!

Entonces la bandeja se detuvo y oí una voz que me decía: Baja, no temas, yo te sostendré.

Era tan hermosa esa voz, tan imperiosa y con una bondad infinita, que, sin dudar y con una fe muy grande puse un pie en el vacío y caminé alejándome de la bandeja. Me di cuenta de que no caía ni me elevaba. ¿Caer adónde? Allí no había fuerza de gravedad alguna.

Entonces esa misma voz que estaba a mi lado me dijo: ¿Ves esa nubecilla luminosa, allá abajo a la izquierda?

La ubiqué dentro de las millones de millones de estrellas que

LA MONTAÑA RUSA

estaban en mi vasto campo visual.

-¿La ves?

-Sí.

-Eso que ves es la Vía Láctea, y ese puntito luminoso en uno de sus extremos es el Sol. Una partícula invisible desde aquí que está al lado de ese puntito luminoso es la Tierra de donde vienes.

Piensa, mientras observas esto, en la pequeñez de las contrariedades que se crean los hombres. Sus angustias en los negocios, sus guerras, sus problemas limítrofes, la lucha por el poder y el dominio hacia los demás. Piensa desde aquí lo absurdo que es quitarse la vida porque se ha perdido mucho dinero. Dime, ¿no es una pequeñez odiar a alguien? ¿O tener rencor porque te han ofendido? ¿O no saber perdonar?

Es hora de que llegues nuevamente a ese punto tan insignificante que ni siquiera se ve desde aquí.

Haz el bien. En un tiempo preciso de tu futuro, podrás llegar hasta donde estamos y seguir de largo más arriba aún.

Recuerda este lugar y no lo olvides, porque cuando te mueras pasarás por aquí y vendrá a tu memoria lo que hemos hablado.

Es hora de volver. Regresa a casa, tu perro tiene hambre y te está esperando.

Obedecí, y mi bandeja celestial voló tan rápido que perdí el conocimiento.

Desperté sentado en el suelo frente a mi casa.

Amanecía. Abrí la puerta con sigilo y mi pequeño perro salió alarmado, ladrando desde el fondo del jardín. Al oírme y olerme desde lejos me reconoció y corrió alborozado a saludarme. Yo lo tomé en alto y lo abracé mientras él, pleno de felicidad, me lengüeteaba las mejillas.

¡Mi pequeño regalón! ¿Cuánto tiempo has estado en ayunas? Vamos, yo te prepararé una buena comida.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.